



Ciencia ficción capitalista.

Cómo los multimillonarios nos salvarán del fin del mundo

Michel Nieva

Anagrama 2024. pp. 144

ISBN: 9788433922144

Carlos Ferrera Cuesta

Universidad Autónoma de Madrid, España

josecarlos.ferrera@uam.es

<https://orcid.org/0000-0002-8456-9418>

El libro de Michel Nieva resulta muy pertinente en los tiempos actuales. El autor, escritor argentino vinculado como investigador doctoral y docente a la Universidad de New York, explica cómo la ciencia ficción ha inspirado a los grandes capitalistas multimillonarios, punta de lanza tecnológica de nuestro tiempo, como Jeff Bezos, Mark Zuckerberg, Bill Gates, Paul Allen, Richard Branson, Larry Page o Serguéi Brin. Nieva se centra en la figura de Elon Musk, lo que añade más actualidad al texto, dada la dimensión política adquirida por el magnate sudafricano tras el triunfo electoral de Donald Trump en noviembre de 2024.

La conexión ciencia ficción capitalismo no es nueva, pues, como señala Nieva, ya Jules Verne fue consciente en 1903 de que los ingenieros trasladaban a la industria lo que escribían los autores del género (Nieva 2024, 33). Muchos avances del siglo XX, desde el submarino a los vuelos espaciales se inspiraron en relatos del propio Verne, H.G. Wells y muchos otros. Hugo Gernsback, el famoso editor de *Amazing Stories*, la primera revista de ciencia ficción, sostuvo en la década de 1930 que el empresario debía ser el lector predilecto del tipo de literatura que patrocinaba. Desde esa época se sentaron las bases de una ciencia ficción “dura”, denominada así por alejarse de lo más fantástico y presentar realidades nuevas, pero acordes a las posibilidades científicas del momento. Otro rasgo, señalado por Nieva, es que los héroes de aquellos relatos eran varones, individualistas y blancos; cualidades compartidas por los multimillonarios enumerados en la lista anterior. Las décadas de 1950-60 consolidaron esa tendencia, como ejemplifica el caso del gran escritor Arthur C Clarke, que anticipó en sus novelas los satélites de comunicaciones o los ascensores espaciales, al tiempo que trabajaba para la NASA.

El considerar la ciencia una puerta a un mundo utópico o a una pesadilla distópica fue un elemento recurrente de un debate, con predominio de una u otra visión, que se remonta a los años posteriores a la Primera Revolución Industrial. Las últimas décadas del siglo XX estuvieron acom-

pañadas por un escepticismo hacia las posibilidades de lograr un mundo mejor mediante la ciencia y la tecnología. Los riesgos de destrucción global, provocados por el uso de la energía nuclear con fines militares o civiles, junto a la conciencia de los límites ecológicos del planeta, se impusieron a los avances existentes en muchos campos. Por otra parte, la economía tampoco parecía capaz de eliminar la pobreza y la desigualdad ni de evitar las crisis periódicas en el ámbito capitalista (sin resultados mucho mejores en el socialista).

En ese contexto se produjo un rearme ideológico dentro del capitalismo, cuando las ideas neoliberales conocieron un impulso sancionado por los triunfos electorales de Margaret Thatcher en Gran Bretaña (1979) y de Ronald Reagan en los Estados Unidos (1980). Friedrich Hayek, uno de los principales economistas de la corriente neoliberal, había sostenido en fecha tan temprana como 1949 la necesidad de una utopía liberal, basada en la defensa del mercado libre absoluto (Hayek 1949)

En realidad, el apego utópico del capitalismo no era nuevo. El liberalismo anterior al desarrollo capitalista industrial había imaginado un mundo de progreso, ligado al mercado, mediante el cual se alcanzaba una sociedad en la que todos los hombres podían convertirse en propietarios. A mediados del siglo XIX el comercio libre actuó de motor utópico, pues garantizaría el enriquecimiento general y la eliminación de las guerras, al sustituir los conflictos por el interés complementario de intercambiar mercancías. A finales de la centuria, como hemos señalado, se asignó a los avances tecnológicos el poder de extender a todos las mejoras reservadas con anterioridad a unos pocos y garantizar unas vidas sanas y sin necesidades.

Ciertamente, defensores del capitalismo, como fue el caso de August Comte o Herbert Spencer, rechazaron el calificativo de utópicos; más bien lo adjudicaron a quienes cuestionaban el orden que ellos sostenían y los acusaron de fantasiosos y quiméricos. Por el contrario, ellos basaban sus sueños de futuro en el conocimiento de las leyes que regían el funcionamiento de la sociedad. Tras la Segunda Guerra Mundial el capitalismo mantuvo un cierto utopismo, del que el sueño del pleno empleo y el Estado del Bienestar fueron muestras convincentes.

La crisis del modelo surgido después de aquel conflicto potenció la reacción neoliberal de los años 1970, que siguió ligando el sueño utópico al mercado. Los problemas del sistema no derivaban de su funcionamiento sino de encontrarse limitado por la intervención estatal. Los argumentos volvían al pasado de la economía clásica de época de Adam Smith, pero adaptados a unas modernas sociedades de masas. Así el «capitalismo popular», propugnado por Thatcher, conducía a un mundo virtuoso donde cualquiera podía ser empresario gracias a la posesión de acciones.

Karl Mannheim contrapuso en 1929 la ideología a la utopía a partir de la idea de que la primera buscaba mantener el statu quo y la segunda transformarlo (Mannheim 1941). Sin duda, la apelación de Hayek en defensa de una utopía capitalista puede sonar ideológica: dependerá del grado de sinceridad que estemos dispuestos a atribuirle. Sin embargo, lo que nos interesa más es la capacidad movilizadora que ha tenido esa propuesta y el respaldo logrado. Y eso parece fuera de duda, porque ese discurso ha permitido ganar elecciones. Por otra parte, no debemos olvidar que la imaginación utópica no ha servido a lo largo de la historia solo para buscar sociedades más igualitarias, sino que, ya desde la antigua Roma cuando los aduladores de Augusto equiparaban su reinado con el retorno de la edad de oro, actuó como elemento legitimador de poderes.

La crisis de 2008 sacudió el discurso neoliberal de desregulación y globalización. Las esperanzas se enfriaron, sustituidas por el “realismo capitalista”. Mark Fisher acudió a la frase de Thatcher de “no hay alternativa”: el sistema puede tener problemas y resultados lamentables, pero no existe otro mejor. La falta de perspectivas alimentó, siempre según Fisher, la proliferación de religiones y supersticiones, las “herramientas de los desamparados” (Fisher 2016, 23); el cinismo y el miedo se convirtieron en los afectos predominantes de la época del capitalismo tardío; en lo político se produjo la alianza entre neoliberales y neoconservadores, no ya contra el comunismo por más que

la retórica al uso desempolvase con pasión el fantasma de su inminente triunfo, sino contra el modelo del Estado de Bienestar que, más o menos maltrecho, ha seguido funcionando en algunas zonas del planeta.

En ese contexto volvemos al libro de Nieva, escrito en un momento en que el neoliberalismo parece recuperar su entusiasmo y capacidad de ofrecer un futuro seductor. En este sentido, no deja de ser tentador citar a Oliver James, quien en *The Selfish Capitalist* encontró en el neoliberalismo un impulsor del trastorno de bipolaridad, al alternar de forma frenética momentos optimistas con otros de escepticismo descarnado sobre el futuro, y estableció una correlación entre las tasas de desorden mental y los avances del capitalismo neoliberal (James 2008).

Nieva presenta a unos millonarios ligados a los avances tecnológicos de Silicon Valley y entusiasmados con la literatura y cine de ciencia ficción. Destaca la influencia de *Snow Crash* (1992) de Neil Stephenson con su mundo cyberpunk de grandes corporaciones que controlan estados debilitados, hackers rebeldes, virus contagiosos y metaverso. El ejemplo muestra el poder de atracción capitalista, pues su autor escribió una novela anticapitalista y pasó a trabajar después en Blue Origin de Jeff Bezos, como diseñador de productos astronáuticos y luego de futurólogo en Magic Leap, una empresa de gafas de realidad aumentada, con fines comerciales y científicos.

Nieva enumera algunos buenos alumnos. Empieza con el propio Musk, que vistió a los astronautas de la misión Crew Dragon Demo-2, organizada por su compañía SpaceX, con trajes que recuerdan a 2001 o *Interstellar*; o ha planteado utopías colonizadoras de Marte para 2029, inspiradas en la Trilogía marciana (1992) de Kim Stanley Robinson. Aubrey de Grey formula el sueño de longevidad, recogido en *Los hijos de Matusalén* (1941) de Robert Heinlein o *The Golden space* (1982) de Pamela Sargent. Por último, el argentino Gustavo Grobocopatel sueña con un sojapunk, un mundo dominado por la producción de soja transgénica, que acabaría incluso con el cambio climático al ser utilizada como combustible.

La apropiación del lenguaje de la ciencia ficción fundamenta la promesa de solucionar la crisis que el mismo capitalismo ha creado. Supera de forma optimista el marco del realismo capitalista con un nuevo discurso que, en el caso de Silicon Valley, mezcla la tradición hippy californiana de los 1960 con el pragmatismo yuppie de los 1980. Revistas como *Wired* alimentan la fantasía del ciberespacio como contracultura y presentan un proyecto basado en la ecología, el emprendimiento, la tecnofilia, la meditación zen, las drogas lisérgicas y la música electrónica (Nieva 2024, 24). Estos empresarios rechazan la intervención estatal, inspirados en la novela *Neuromante* (1984) de William Gibson o en la película *Blade Runner* (1982) que presentan héroes libertarios e individualistas, luchadores por la supervivencia en un mundo opresivo y cruel. *Ecotopia* (1975) de Ernest Callenbach constituye otro precedente significativo con su utopía tecnológica y antiestatista en la que la costa occidental de Estados Unidos se separa del país y edifica una sociedad de libertad sexual, consumo de drogas, limpieza y actividad física.

Musk asume el relato, pese a que su empresa Tesla ha recibido grandes ayudas gubernamentales en créditos a interés cero y formalizado sustanciosos contratos con diferentes agencias gubernamentales; tampoco paga apenas impuestos, porque la tenencia de acciones no contribuye en el sistema fiscal norteamericano. Asimismo, se convierte en un fundador de ciudades: un rasgo atávico que inspiró a grandes magnates de la industria decimonónica, a dictadores y líderes mesiánicos actuales de China, los Emiratos árabes o El Salvador. Al igual que hizo el magnate George Pullman con su Pullman City (1880), Musk planea levantar Snailbrook, una ciudad nueva cerca de Austin (Texas) para sus empleados o “una utopía tejana a orillas del río Colorado”, en palabras de su promotor.

Según Nieva, al igual que el relato de *Ecotopía* no desvelaba la procedencia de la sofisticada tecnología que acompañaba el mundo prístino en que transcurría la acción, la Tesla de Musk y sus baterías eléctricas limpias ocultan la explotación del Sur global por el impacto ambiental de la ex-

tracción de los minerales necesarios para su producción, como el litio, el coltán o el cobalto, o el empleo de mano de obra infantil (Nieva 2024, 29).

Por tanto, la ciencia ficción capitalista ofrece colonizar otros planetas, impulsar el turismo espacial, suprimir el trabajo asalariado mediante la inteligencia artificial y acudir a la ingeniería climática para solventar los problemas del calentamiento, bombardeando con aerosoles la atmósfera para reducir la radiación solar. En suma, si los problemas de funcionamiento del mercado se pueden superar con más mercado, las consecuencias negativas del capitalismo pueden eliminarse con más capitalismo.

En el caso del espacio, la caída de la URSS y la consiguiente reducción del peligro militar ha abierto la puerta a una retirada del Estado y a la privatización de la carrera espacial en la que varios magnates han entrado. Space X y Blue Origin nacieron como compañías de Internet satelital y han competido exitosamente contra el monopolio de la NASA; la primera, planteada como una compañía low cost se ha hecho con el negocio de cohetes de la agencia estatal frente a la más cara United Launch Alliance. También en el negocio del turismo espacial varias empresas norteamericanas han desplazado a la rusa Roscosmos, expulsada por las sanciones fijadas tras la invasión de Ucrania.

El autor plantea, parafraseando de alguna forma a Lenin, que en un momento de crisis la ciencia ficción se ha convertido en la “fase superior del capitalismo” con la asociación de empresariado, literatura y tecnología. No se rehúyen las narrativas apocalípticas ni el concepto de Antropoceno, la era en que el hombre ha sido capaz de afectar de forma esencial a la naturaleza.

Sin embargo, como recoge la web anthropocene.info, financiada por capitales corporativos de Silicon Valley, esa realidad se transforma en una oportunidad para desarrollar la tecnología que libere a la humanidad de los riesgos a que se enfrenta. No hace falta política, solo técnica que únicamente prospera en un clima de libertad empresarial. De ahí la anti-política y el recelo a la democracia en el momento en que signifique gobiernos limitadores; también la oposición al movimiento ecologista, convertido en uno de los principales enemigos a batir por su empeño en regular el impacto ambiental de la actividad económica y por abogar por modos de vida menos consumistas.

En definitiva, Nieva despliega una crítica brillante y amena contra un nuevo paradigma capitalista, representado por multimillonarios familiarizados con una ciencia ficción en la que encuentran héroes a imitar. Su propuesta es salvar el mundo mediante la privatización, desregulación y una ecología basada en la innovación técnica, compatible con sus negocios. A ello añaden ensoñaciones de virilidad tomadas del imaginario literario y cinematográfico: las fotos publicitarias de Blue Origin presentan a Jeff Bezos, interpretando el papel de cowboy espacial con sombrero tejano; el auto Tesla aparece en la publicidad en el espacio, conducido por un astronauta que recuerda a los héroes de Independence Day o Armageddon.

Sin embargo, cuando Nieva se aventura a presentar alternativas a esta reformulación capitalista sus resultados son más pobres; algo por otra parte habitual en quienes cuestionan hoy el orden vigente desde posiciones izquierdistas, más cómodos en el cuestionamiento que en la propuesta de alternativas. En primer lugar, divaga sobre el papel del espacio en los proyectos de transformación social. Empieza con Lenin y Bogdánov, el autor de la novela futurista *Estrella roja* (1908), quienes pensaron que una sociedad extraterrestre más avanzada debía ser forzosamente socialista, por lo que del espacio solo podían venir bondades para la Tierra; y acaba elogiando a la Internacional posadista argentina, una variante del trotskismo de la década de 1960. Más tarde, cuando pretende contraponer su utopía a la neoliberal recurre a los pueblos colonizados: apela a la sabiduría yanomami del Amazonas, que esgrime una visión holística del mundo en que naturaleza y hombre forman parte de un todo, frente a la visión capitalista de la modernidad de una naturaleza muerta,

1 El Economista, 13 de marzo de 2023.

convertida en objeto dispuesto a ser poseído y explotado por el hombre. Un discurso lógico en quienes lo formulan en defensa de su modo de vida amazónico, pero que no plantea (y Nieva tampoco lo hace) cómo podría aplicarse en unas sociedades con elevadas densidades de población acostumbradas a unas determinadas comodidades. Musk presentó una utopía en su evento “We robot”, organizado en octubre de 2024: habló de un mundo futuro de abundancia en que todos los seres humanos contarían con un androide de compañía, un coche barato conducido por un robot, tiempo liberado al no tener que ocuparse de esa conducción y ciudades con más zonas verdes; es decir, de un mundo de libertad y comodidades y respeto al medio ambiente. Frente a ello, propuestas, como la ofrecida por Nieva, nos llevan a un mundo de austeridad para evitar un futuro apocalíptico. Una posición, sin duda, menos atractiva que la neoliberal, sin duda escapista, pero que vislumbra la perpetuación de un mundo de abundancia y posibilidades ilimitadas.

DECLARACIÓN DE CONTRIBUCIÓN DE AUTORÍA

Carlos Ferrera Cuesta: Conceptualización, Análisis formal, Investigación, Metodología, Redacción - borrador original, Redacción - revisión y edición.

REFERENCIAS

- Fisher, Mark. 2016. *Realismo capitalista: ¿no hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.
- Hayek, Friedrich. 1949. “Intellectuals and Socialism.” *University of Chicago Law Review* 16 (3): 417-433.
- James, Oliver. 2008. *The Selfish Capitalist*. Londres: Vermilion.
- Mannheim, Karl. 1941. *Ideología y utopía*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

2 <https://youtu.be/LH0m-IAEntk>